

mó;—me será imposible hallar dinero. ¡¡¡Hoy domingo!!! Todo el dinero de París está camino de Versalles.

Sin embargo, impelido por una de esas fabulosas esperanzas á las que se agarra siempre el hombre, Rodolfo corrió á su periódico, contando con que una feliz casualidad pudiera haber llevado allí al cajero.

El señor Bonifacio había estado un instante, en efecto, marchándose en seguida.

—Para ir á Versalles,—dijo á Rodolfo el mozo de redacción.

—Vamos,—dijo Rodolfo,—no hay remedio... Pero meditemos,—pensó.—Mi cita no es hasta la noche. Son las doce; me quedan cinco horas para encontrar cinco francos, á veinte sueldos la hora, como los caballos del bosque de Bolonia. ¡En marcha!

Y como se hallaba en un barrio donde vivía un periodista á quien llamaba el crítico influyente, Rodolfo se propuso tantearle.

—Estoy seguro que á ese le encuentro,—dijo mientras subía las escaleras;—es su día de revista, no hay cuidado de que salga. Le pediré cinco francos.

—¡Hola! ¿Es usted?—dijo el literato al ver á Rodolfo.—Llega usted á tiempo; he de pedirle un favor.

—¿Qué será ello?—pensó el redactor de *La gasa de Iris*.

—¿Estuvo ayer en el Odeón?

—Yo voy siempre al Odeón.

—Habrás visto, pues, la nueva obra.

—¿Cómo no? Yo soy el público del Odeón.

—Es verdad,—dijo el crítico;—usted es una de las cariátides de ese teatro. Hasta corre voz de que es usted el que lo subvenciona. Pues bien, el favor que le pido es la revista de la obra nueva.

—Es cosa fácil; tengo una memoria de acreedor.

—¿De quién es esa obra?—preguntó el crítico á Rodolfo, mientras éste escribía.

—Es de un tal.

—No debe estar muy fuerte.

—Menos que un turco, seguramente.

—Entonces no será muy robusto. Los turcos, créalo usted, han usurpado su reputación de fuertes, porque no podrían ser saboyanos.

—¿Y qué es lo que puede impedirselo?

—Que todos los saboyanos son auverneses y todos los auverneses son mozos de cuerda. Además, no hay más turcos que los que se ven en los bailes de máscara de extramuros y los que venden dátiles en los Campos Elíseos. El turco es un prejuicio. Tengo un amigo que conoce el Oriente, y me ha asegurado que todos los hijos de aquella nación han visto la luz en la calle de Coquenard.

—Es curioso lo que usted dice,—observó Rodolfo.

—¿Le parece á usted?—dijo el crítico.—Lo voy á poner en mi revista.

—Ahí va mi crítica; está hecha con franqueza,—prosiguió Rodolfo.

—Sí, pero es corta.

—Poniendo algunos guiones y desarrollando sus opiniones críticas, ocupará más espacio.

—No tengo tiempo, amigo mío, y además mis opiniones críticas ocupan poco espacio.

—Ponga usted un adjetivo á cada tres palabras.

—¿No podría usted hilvanar á su análisis una corta ó más bien larga apreciación de la obra?—preguntó el crítico.

—¡Demontre!—dijo Rodolfo—sin duda que tengo mis ideas respecto á la tragedia, pero he de advertirle que las he publicado tres veces en *El Castor* y en *La gasa de Iris*.

—Es igual ¿cuántas líneas harán sus ideas?

—Cuarenta.

—¡Caramba! ¡usted tiene grandes ideas! Pues bien, présteme esas cuarenta líneas.

—¡Bueno!—pensó Rodolfo—si escribo por valor de veinte francos de *original*, no podrá rehusarme cinco francos. Debo prevenirle—dijo al crítico—que mis ideas no son enteramente nuevas. Van ya enseñando los codos. Antes de imprimirlas, las he vociferado por todos los cafés de París, y no queda ni un muchacho que no se las sepa de memoria.

—¡Y á mí qué me importa!... ¿No me conoce usted? ¿Hay acaso nada nuevo en el mundo, exceptuando la virtud?

—Aquí lo tiene usted—dijo Rodolfo, cuando hubo terminado.

—¡Rayos y centellas! Faltan todavía dos columnas... ¡Cómo colmaré este abismo!—exclamó el crítico.—Ya que está usted puesto, añada algunas paradojas.

—No traigo encima—dijo Rodolfo;—pero puedo prestarle algunas; únicamente que no son mías; las compré por cincuenta céntimos á uno de mis amigos que nadaba en la miseria. No han servido mucho aún.

—¡Perfectamente!—dijo el crítico.

—¡Ah!—dijo Rodolfo poniéndose á escribir de nuevo,—no se escapa de que le pida diez francos; en estos tiempos las paradojas van tan caras como las perdices.—Y escribió unas treinta líneas de frivolidades sobre los pianos, los peces encarnados, la escuela del sentido común y el vino del Rhin, al que llamaba vino de tocador.

—Muy bonito,—dijo el crítico;—tenga usted la complacencia de añadir que el presidio es el sitio del mundo en donde se encuentran más personas honradas.

—¿Y eso, por qué?

—Porque hará dos líneas más. Bueno, ya está hecho,—dijo el crítico influyente, llamando á su doméstico para que llevara su revista á la imprenta.

—Y ahora,—dijo Rodolfo,—démosle el sablazo. Y formuló gravemente su demanda.

—¡Ay, amigo!—dijo el crítico.—No tengo un céntimo en casa. Lolotte me arruina á fuerza de pomadas, y en este momento acaba de desbaliarme llevándose hasta el último sueldo para ir á Versalles á ver las Nereidas y los monstruos de bronce vomitar chorros de agua.

—¡A Versalles! ¡Caramba!—dijo Rodolfo—¡pero esto es una epidemia!

—¿Y para qué necesita usted dinero?

—He aquí el poema—prosiguió Rodolfo.—A las cinco de esta tarde tengo una cita con una mujer de la buena sociedad, una persona distinguida, que no sale más que en ómnibus. Quisiera unir mi destino al suyo por algunos días, y me parece decoroso hacerle gozar de las dulzuras de la vida. Comidas, bailes, paseos, etc., etc.: para ello nece-

sito imprescindiblemente cinco francos; si no los encuentro, la literatura francesa quedará deshonrada en mi persona.

—¿Por qué no pide usted esa suma á esa misma señora?—observó el crítico.

—Por la primera vez, la cosa no es posible. Sólo usted puede sacarme del compromiso.

—Por todas las momias de Egipto le doy á usted mi palabra de honor que no hay con qué comprar una pipa de un sueldo ni un cigarro de Virginia. Sin embargo, tengo allí unos libros viejos que se podría usted *pulir*.

—Hoy domingo, imposible; la tía Mansut, Lebigre y todas las piscinas de los muelles y de la calle de San Jaime, están cerradas. ¿Qué son esos libros? ¿Tomos de poesía con el retrato del autor con anteojos? Esto ya no se compra.

—A menos de que á ello le condene el tribunal de justicia—dijo el crítico.—Espere usted, aquí tiene algunas romanzas y billetes para conciertos. Si se diera usted buena maña, podría sacar algún dinero.

—Preferiría otra cosa: un pantalón, por ejemplo.

—¡Vamos!—dijo el crítico—tome usted además este Bossuet y el busto de Odilón Barrot (1); palabra de honor, esto es como tener ya el dinero en el bolsillo.

—Veo que pone usted toda su buena voluntad—dijo Rodolfo.—Me llevo estos tesoros; pero si de todos juntos saco treinta sueldos, lo consideraré como el décimotercio trabajo de Hércules.

Después de haber corrido unas cuatro leguas,

(1) Célebre abogado y político francés (1791-1873).

Rodolfo, ayudado por una elocuencia especial cuyo secreto poseía en las grandes ocasiones, consiguió que su planchadora le prestase dos francos, bajo la garantía de dos tomos de poesías, de las romanzas y del retrato de Barrot.

—¡Vamos!—dijo mientras repasaba los puentes—ya tenemos la salsa, ahora hay que encontrar las tajadas. ¡Si fuera á ver á mi tío!

Media hora después estaba en casa de su tío Monetti, quién leyó en seguida en la cara de su sobrino el objeto de su visita. Así es que se puso en guardia y se adelantó á toda petición con una serie de recriminaciones por el estilo:

—Los tiempos están malos, el pan es caro, los deudores no pagan, los alquileres corren, el comercio se paraliza, etc., etc., todas las hipócritas letanías de los tenderos.

—¿Crearás—dijo el tío—que me he visto obligado á pedir dinero á mi mozo para pagar una letra?

—Debía habérmelo dicho—dijo Rodolfo.—Yo le hubiera prestado ese dinero; hace tres días recibí doscientos francos.

—Gracias, hijo—dijo su tío,—pero tú necesitas lo tuyo... ¡Ah! mientras estás aquí ya que tienes buena mano, deberías copiarme algunas facturas que he de enviar para el cobro.

—He aquí cinco francos que me saldrán caros—dijo Rodolfo poniendo manos á la obra, con pres-teza.

—Querido tío—dijo á Monetti—sabiendo lo aficionado que es usted á la música, le he traído billetes para un concierto.

—Así me gusta, hijo mío. ¿Quieres quedarte á comer conmigo?...

—Gracias, tío, me esperan á comer en el arrabal de San Germán; por cierto que estoy contrariado, porque no he tenido tiempo de ir á casa á buscar dinero para comprarme unos guantes.

—¿No tienes guantes? ¿quieres que te preste los míos?—dijo el tío.

—Gracias, nuestras manos no son iguales; si usted quisiera prestarme...

—¿Veintinueve sueldos para comprarlos? Vaya que sí, hijo mío, aquí los tienes. Cuando se frecuenta el gran mundo hay que presentarse bien. Vale más envidia que caridad, decía tu tía. Vamos, veo con gusto que te lanzas... Te hubiera dado más—prosiguió—pero es lo único que tenía en el mostrador; tendría que subir arriba y no puedo dejar la tienda sola: á cada momento vienen compradores.

—¿No decía usted que el comercio se paralizaba?

El tío Monetti hizo como que no oyera, y dijo á su sobrino, que se metía los veintinueve sueldos en el bolsillo:

—No te apures por devolvérmelos.

—¡Qué sanguijuela!—dijo Rodolfo escapando. ¡Me he lucido!—exclamó—me faltan todavía treinta y un sueldos. ¿Dónde encontrarlos? Ahora se me ocurre. Vamos á la encrucijada de la Providencia.

Rodolfo daba este nombre al punto más céntrico de París, esto es, el Palacio Real. Un sitio donde es casi imposible permanecer diez minutos sin encontrar diez personas conocidas, acreedores sobre

todo. Rodolfo fué á ponerse de acecho en las gradas del Palacio Real. Esta vez la Providencia tardó mucho en presentarse; pero al fin Rodolfo pudo divisarla. Llevaba sombrero blanco, gabán verde y bastón con puño de oro... una Providencia muy bien vestida.

Era un joven muy servicial y rico, aunque falansteriano.

—¡Cuánto me alegro de verle!—dijo á Rodolfo; acompañeme usted un rato, hablaremos.

—Vamos, voy á sufrir el tormento del falansterio—murmuró Rodolfo dejándose llevar por el sombrero blanco, quien, efectivamente, le *falansterianó* á más y mejor.

Quando estuvieron próximos al puente de las Artes, Rodolfo dijo á su compañero:

—Le dejo á usted pues no tengo con qué pagar el peaje.

—No importa—dijo el otro deteniendo á Rodolfo y dando dos sueldos al inválido.

—Ha llegado la hora—pensaba el redactor de *La gasa de Iris* mientras atravesaban el puente; y al llegar al extremo, delante del reloj del Instituto, Rodolfo se detuvo de repente, señaló la esfera del reloj con actitud desesperada y exclamó:

—¡Jesucristo! ¡las cinco menos cuarto! ¡estoy perdido!

—¿Qué pasa?—dijo sorprendido el otro.

—Pasa—respondió Rodolfo—que gracias á usted, que me ha traído á pesar mío hasta aquí, he faltado á una cita.

—¿Importante?

—¡Ya lo creo! una cuenta que debía ir á cobrar á las cinco... en Batignolles... Ya no podré llegar... ¡Jesucristo! ¿qué hacer?

—¡Pardiez!—dijo el falansteriano,—es muy sencillo, venga á mi casa y le prestaré lo que necesite.

—¡Imposible! Usted vive en Montrouge, y yo tengo un asunto á las seis en la Calzada de Antin... ¡Jesucristo!...

—Podría ofrecerle unos sueldos que me quedan—dijo tímidamente la Providencia...—muy pocos.

—Si tuviera lo bastante para tomar un coche, tal vez podría llegar aún á Batignolles.

—Esto es todo cuanto tengo, amigo, treinta y un sueldos.

—¡Démelos en seguida y voy corriendo!—dijo Rodolfo que acababa de oír las cinco, y se apresuró á acudir á la cita.

—Duro de roer ha sido el hueso—dijo contando el dinero.—Cinco francos, como cinco soles. En fin, estoy decente, y Laura verá que tiene que habérselas con un hombre que sabe vivir. Esta noche quiero volver á casa sin un céntimo. Hay que rehabilitar las letras y probar que sólo les falta dinero para ser ricas.

Rodolfo encontró á la señorita Laura en el lugar de la cita.

—¡Menos mal!—dijo entre sí.—Respecto á puntualidad, es una mujer Bréguet (1).

Pasó la noche con ella, y fundió espléndidamente sus cinco francos en el crisol de la prodigalidad. La señorita Laura estaba prendada de sus maneras, y aparentó no advertir que no era á su casa donde la acompañaba Rodolfo, hasta que se vió ante la puerta del cuarto de éste.

—Cometo una ligereza—dijo aquélla.—No haga

(1) Alude á los relojes Bréguet, notables por su precisión. Bréguet nació en Neuchâtel (Suiza) en 1747 y murió en 1823.

usted que deba arrepentirme por un acto de ingratitud, que es el pago de su sexo.

—Señorita—dijo Rodolfo—soy conocido por mi constancia. Hasta tal punto que todos mis amigos se admiran de mi fidelidad y me han puesto el sobrenombre de *general Bertrand* (2) del amor.

(2) Persona célebre por su fidelidad á Napoleón I á quien siguió á las islas de Elba y de Santa Elena (1773-1844).



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO HAYES"
1825 MONTERREY, MEXICO